



02_La ordenación del territorio y los diferentes tipos de colonización



De todos los elementos que conforman el paisaje colonial los asentamientos reflejan muy bien el sistema de valores que los rigen, observándose –a través de sus plantas originales– la distribución y el orden simbólico de sus funciones, así como la organización social, económica y parental de la comunidad que acoge.

Una lectura geográfica de lo colonial. Territorios y paisajes coloniales en el Bajo Guadalquivir

Juan F. Ojeda Rivera, Águeda Villa Díaz, geógrafos. Grupo de Investigación Estructuras y Sistemas Territoriales (GUEST), Universidad de Sevilla

El contexto colonial

El establecimiento de colonias es un fenómeno muy antiguo, desarrollado por muchas civilizaciones y que presenta un amplio abanico de tipos, si bien todos participan de un idéntico motivo inicial: generar un lugar nuevo en función de la explotación de un recurso endógeno de ese espacio descubierto por y para los intereses de una comunidad exógena, que aporta –como identidad original de la nueva fundación– su propia herencia. Este concepto fundacional define el sistema de relación política, social, económica y simbólica entre la colonia y la metrópoli a la par que determina los rasgos esenciales de territorios y paisajes coloniales que se manifiestan en la ordenada simplicidad que da una proyección pensada y objetivada en función de un único recurso y un único nivel de comunicación.

Dada su antigüedad el proceso colonial ha evolucionado desde la implantación de simples puertos en la protohistoria hasta las actuales deslocalizaciones de empresas, si bien el uso estricto del término se suele asociar a una larga fase de la historia moderna, protagonizada por los países europeos en los contextos del mercantilismo y la primera revolución industrial y que afectó a la práctica totalidad del globo terráqueo. En función de los variados intereses nacionales de las respectivas metrópolis y de la propia amplitud del fenómeno, fueron consolidándose diversos tipos de colonia, aunque sus elementos básicos suelen coincidir: unas áreas descubiertas, dominadas y explotadas en función de unos



1. Baelo Claudia. Foto: Águeda Villa Díaz



2. Camino con pinos. Foto: Águeda Villa Díaz

recursos específicos (mineros, agrícolas, ganaderos, forestales...) y estratégicos para cubrir las necesidades metropolitanas, unos jerarquizados y, a veces, transitorios hábitats asociados y un sistema de comunicación interior y exterior que asegure el óptimo tránsito de las producciones, así como una relación sociopolítica permanente y directa entre metrópoli y colonia¹. En definitiva, los territorios coloniales se caracterizan por unas invariantes geográficas –nodos, redes y superficies– muy bien definidas por su monoproduktividad, su transitoriedad, su dependencia externa y su jerarquía sociocultural.

Aquellos territorios coloniales recogen, pues, los distintos elementos presentes en las acepciones que el sustantivo colonia tiene en el diccionario de la Real Academia y se caracterizarían por ser “los resultados de la puesta en valor de unos espacios hasta entonces incultos mediante nuevas producciones, sus poblamientos por personas traídas de fuera, así como sus ordenaciones territoriales a través de planes y leyes especiales. Y todo ello dictado desde el exterior del propio territorio y en función de las necesidades de las metrópolis, o de las aquí llamadas *necesidades nacionales*”. Dichas necesidades marcan los tipos de colonia y, consecuentemente, sus paisajes, de tal forma que puede hablarse de “colonias de explotación” –territorios con recursos cuyas explotaciones cubren abastecimientos metropolitanos, por ejemplo, los espacios coloniales tropicales surten a las metrópolis de materias primas ultramarinas básicas y fácilmente producidas allí (cacao, café, azúcar...)– y de “colonias de poblamiento” –espacios de relativo confort climático, en los que se instala una población metropolitana sobrante, que juega el triple papel de mano de obra productiva, representación cultural y comunidad consumidora.

En aquellos territorios coloniales se irán configurando –en función de sus respectivas percepciones como espacios identitarios, connotados o simbólicos– una serie de paisajes coloniales:

Los paisajes coloniales de explotación se caracterizan porque están basados en una primera consideración del espacio geográfico como barato y propicio para explotar uno de sus recursos y obtener de tal explotación producciones masivas y coyunturales, sin preocuparse del orden de todo el territorio. Ello suele conducir, por una parte, a unos puzzles de paisajes-islas de monoproducción, que no tienen en cuenta la relación de las energías y materias superexplotadas en cada ecosistema con el mantenimiento de otros ecosistemas limítrofes; por otra parte, al sostenimiento de una sociedad muy dependiente del exterior y para la que no son fundamentalmente útiles los productos obtenidos, con lo que adquiere especial relevancia en estos paisajes las infraestructuras y equipamientos para la

exportación –almacenes o caminos de saca– y, por último, a la consolidación de una estructura social muy dual –colonos extranjeros/operarios autóctonos o inmigrados– cuyo reflejo paisajístico se suele encontrar en la dualidad de hábitats.

Los paisajes coloniales de poblamiento suponen unas transformaciones estructurales de los espacios, convertidos no sólo en territorios productivos, sino sobre todo en sostén de las poblaciones allí llegadas o llevadas. La intencionalidad de crear estructuras estables y favorecer la permanencia caracteriza a estos paisajes frente a los anteriores por ser más variopintos, más autoabastecedores y más homogéneos en sus hábitats.

Colonias en el Bajo Guadalquivir

Las arenas y marismas que configuran el estuario del Guadalquivir estaban dejando de ser, desde finales del siglo XVIII y al socaire de algunos avances técnicos en los campos de la hidráulica y de la detención de dunas, unos baldíos improductivos por naturaleza y convirtiéndose en espacios apetecibles para experimentaciones coloniales de diversa índole. Las necesidades nacionales de un primer estado franquista, de vencedores y vencidos y obligadamente autárquico por el boicot en abastecimientos básicos, le conducen a recoger aquella apetencia colonial y darle un especial carácter de colonizaciones interiores a una serie de intervenciones en estos *finisterres* tradicionales. Tales circunstancias determinan el colonialismo del régimen de Franco como un modelo complejo pues, dado lo urgente y dramático de la coyuntura histórica, las iniciativas se multiplican y diversifican en función de las necesidades nacionales (alimentos, maderas y derivados, viviendas...) y las actuaciones se abordan participando conjuntamente instituciones y organismos relacionados tanto con las producciones como con el alojamiento, enmarcados en el contexto fascista de la reconstrucción nacional. Por otra parte, hay que destacar que, si bien el impulso público fue fundamental recogiendo, en algunos casos, iniciativas anteriores –como en el ejemplo de El Viar–, en otros casos –como el forestal y el arrozal– se heredan técnicas y modelos productivos de las compañías extranjeras que le habían precedido en el mismo espacio, publicitándolos como logros propios.

La coyuntura histórica determina igualmente el orden ideológico que fundamenta las nuevas fundaciones y que se refleja, principalmente, en la distribución funcional de las plantas de los poblados y en el sistema de relaciones entre los grupos sociales que los habitaron. Si bien se observan diferencias –como se verá en los ejemplos que se analizan seguidamente– las premisas del nacional-catolicismo, construidas sobre la triada ejército, patria y religión y escenificadas en torno a la idea de reconciliación nacional², se constituyen en el entramado básico de estos nuevos mundos, que comienzan a funcionar como tal muy avanzada la década de los años cincuenta, definiéndose por unas estructuras territoriales y sociales simples y bien delimitadas, gestionadas por unas jerarquías claras y unidireccionales.

La población que participó en la construcción de estos nuevos paisajes responde a variables distintas: las primeras oleadas –un número difícil de calcular y que serán alojados al raso, cobertizos, chozas y barracones provisionales– llegan por canales y motivos distintos durante los años cuarenta, encargándose de realizar los trabajos de desmonte, puesta en producción, infraestructuras, etc. Esta población de aluvión no fue, en bastantes casos, la misma que finalmente se censó como habitantes de hecho de los poblados y, dentro de este grupo, no todos fueron colonos de explotación, sino que algunos pasaron a convertirse en colonos de doblamiento, en función de su acceso a la propiedad de la tierra.

De todos los elementos que conforman el paisaje colonial los asentamientos reflejan muy bien el sistema de valores que los rigen, observándose –a través de sus plantas originales– la distribución y el orden simbólico de sus funciones, así como la organización social, económica y parental de la comu-

nidad que acoge. En los tres casos que se presentan –Cabezudos/Abalarío, Isla Mayor y Zona Regable del Viar– se observan diferencias muy clarificadoras en cuanto a la disposición y tamaño de las manzanas, la tipología y distribución de las viviendas unifamiliares o colectivas, la presencia de barracones y otras edificaciones relacionadas con la actividad, el diseño y la distribución de la red viaria, los espacios públicos y edificios destacados cívicos y/o religiosos, etc., pero todos mantienen una relación directa entre el eje principal del viario y los edificios representativos de los poderes: oficinas, viviendas de los gestores e iglesia. Esta expresión del respeto a la jerarquía tiene uno de sus exponentes más significativos en algunos de los asentamientos arroceros y, sobre todo, en los poblados forestales de Cabezudos y Bodegonas, dado que –adecuándose a las características del terreno– se generan dos ámbitos separados que reflejan dos realidades paralelas: en la cota alta se sitúan los mandos, la iglesia, los técnicos y la enfermería, mientras en la más baja se sitúan las viviendas, la cantina, los almacenes y otros servicios.

A través de los ejemplos elegidos cuyos antecedentes, procesos, componentes o elementos principales y percepciones se presentan a continuación, se intenta ofrecer un acercamiento a los modelos y matices de lo colonial en este mundo del Bajo Guadalquivir, dentro del contexto de la “colonización interior” del primer franquismo.

Colonias forestales de las arenas litorales. El ejemplo del Abalarío

En las arenas del sureste de la provincia de Huelva, la creación del nuevo paisaje sería de responsabilidad pública, aunque se fundamente –como en la marisma, según se verá más tarde– en el éxito y los conocimientos técnicos de unas compañías extranjeras, en este caso de capital holandés –La Forestal de Villarejo (Los Holandeses)– y suizo –La Explotación Forestal de la Rocina (El Sacristán)–. Las intervenciones estatales fueron llevadas a cabo por tres organismos: la 5ª División Hidrológica-Forestal, el Instituto Nacional de Industria (INI) y el Patrimonio Forestal del Estado (PFE), siendo este último el más determinante, dado el ámbito territorial sobre el que interviene, su prolongación en el tiempo y el contingente de población implicada. Creado en 1935, el Patrimonio Forestal del Estado se configuró definitivamente después de la promulgación, en 1940, de la Ley Forestal, uno de cuyos principales objetivos era la necesaria reforestación del país y la recuperación del patrimonio forestal público, que las sucesivas desamortizaciones del siglo XIX habían ido diezmando.

En la Brigada de Huelva y Sevilla –del PFE– se inscribía la Comarca de Interés Forestal del Sureste de Huelva, título que otorgaba significación a aquellos arenales cuaternarios de antiguos baldíos en unos momentos de necesidades nacionales de madera y papel. Por otra parte, la percepción de tal intervención pública se magnificó, pues esta declaración afectó, además de a las fincas del propio Patrimonio del Estado, sino también a propiedades privadas o municipales contiguas, constituyendo una misma y enorme mancha de eucaliptos, conocida como “los eucaliptales del patrimonio”.

La tarea colonizadora y repobladora de las más de 23.500 ha del arenal del Abalarío duran treinta años (1941-71) y se distinguen en ella dos etapas, constituyendo la visita de Franco, en abril del año 1953, el gozne de las mismas, coincidente con el momento de máxima euforia oficial sobre el éxito de este proyecto. En efecto, ya se habían llevado a cabo entonces los cambios paisajísticos más espectaculares, transformando el tradicional baldío por un nuevo escenario que incorporaría las arenas volanderas al mundo de lo productivo. La antigua desolación, el abandono, el vacío, el aislamiento y la diversidad asociada a lo “montuoso”, sería sustituida por una imagen nueva, común al conjunto del espacio y dominada por el orden implícito a la línea recta: caminos, calles de los asentamientos, estructuras de las plantaciones... Es la imagen de lo cultivado y especializado, lo bien comunicado y habitado. La imagen de lo forestal frente a lo boscoso.



3. Iglesia del poblado forestal de Cabezudos situado en el término municipal de Almonte, Huelva. Foto: Águeda Villa Díaz

Como cabe esperar de cualquier intervención colonial, los componentes paisajísticos más reconocidos aquí serán los asociados a infraestructuras, plantaciones masivas y fijación de población. Bien es verdad que, en el Abalarío, el aspecto poblacional es el más significativo de la intervención pública, ya que lo dos anteriores –infraestructuras y plantaciones– habían alcanzado un buen desarrollo con las compañías extranjeras, previamente intervinientes, y el Patrimonio Forestal del Estado continuó con los mismos patrones, eso sí, aumentando el número en función de la gran extensión transformada. En relación con los asentamientos, aparecieron las más importantes diferencias, ya que mientras los levantados por las compañías se resolvían en núcleos pequeños de carácter transitorio y estacional y exclusivamente funcionales como estancias de la mano de obra necesaria en cada momento, los asentamientos públicos se van a desarrollar, en principio, como verdaderos poblados que cubrirían todas las necesidades de sus habitantes y tendrían vocación de permanencia, generando una sociedad nueva en función de los valores del nacional-catolicismo³.

Tales intenciones, así como la idea de jerarquía, quedan bien reflejadas en los recién nacidos poblados forestales que se levantan atendiendo a un modelo de campamento con pocas variantes: grupos de viviendas iguales enfrentadas en calles cortas, rectas y sin asfaltar; completadas con zonas que acogían edificios o equipamientos vinculados a la producción (almacenes, talleres, oficinas, viveros, arboretos, semilleros) o a los servicios (escuela, cantina, enfermería, lavadero) y destacándose bien del conjunto –a modo de acrópolis– la iglesia y una o varias viviendas dedicadas al jefe y al resto del personal técnico y administrativo (los mandos).

Las ideas de “misión” y de “obra” eran claramente perceptibles en el conjunto paisajístico recién construido donde los poblados perfectamente intercomunicados aparecían como los hitos fundamentales y estructurantes. Por otra parte, la creación de aquel paisaje nuevo, productivo y habitado, fue determinante para la identidad de este espacio, siendo en aquel momento histórico –mediados del siglo XX– cuando estos arenales baldíos comienzan a percibirse como un área de destino común conocido por “El Patrimonio”.

Pero, siguiendo el proceso clásico de las colonias de explotación, aquel “Patrimonio” se fue desmoronando al socaire de unos tiempos que también cambiaban de signo, de necesidades y de paradigmas: la autarquía se troca en apertura y desarrollismo, las producciones primarias dan paso a la industrialización y a la conservación de la naturaleza, el clorofilismo tiende a convertir al eucalipto en enemigo del futuro. Todo converge en la dirección de convertir de nuevo aquel ilusorio “Patrimonio” en verdadero espacio vacío, barato y baldío que espera nuevas experimentaciones turístico-naturalísticas. Pero de aquel nuevo paisaje colonial quedan hoy algunos patrimonios reales como son el poblado de Cabezudos, el vivero y poblado de la Mediana, el arboreto de El Villar... que constituyen el conjunto testimonial ilustrativo de un proceso colonial periclitado.

Colonias arroceras de las marismas béticas. El ejemplo de Isla Mayor

Las intervenciones que dieron lugar al nacimiento de estos nuevos paisajes marismeños –como los de las arenas, que acaban de presentarse– se concretan en el ecuador del siglo XX, pero cuentan con unos antecedentes desarrollados en el XVIII y XIX y en las primeras décadas del mismo XX, que dibujaban pautas comunes en sus respectivos procesos de conformación.

En tales marcos de referencia, la desecación y bonificación de las marismas –como el dominio de los arenales mediante la fijación de las dunas móviles– se presentan como obras justificadas por razones perentorias de salubridad o de cosmología. En función de ello, el Estado debe ser el encargado de realizarlas directamente o bien de impulsarlas y facilitarlas, complementando las tareas de grandes empresas extranjeras propietarias o concesionarias de las tierras que –a modo de compañías coloniales– juegan un papel decisivo en la conformación de estos nuevos paisajes. La presencia de estas compañías responde a la atracción de capitales extranjeros, iniciada en el siglo XIX y mantenida en las primeras décadas del XX, y da lugar a una forma de colonialismo concebida entonces como mecanismo de modernización y apertura del país. Muchos son los ejemplos de este sistema colonial mercantil en Andalucía Occidental, vinculados a la minería, a la vitivinicultura o a ciertos servicios públicos.

En la Isla Mayor, desde principios del siglo XIX se habían acometido obras para facilitar la navegación (Compañía de Navegación de las Islas del Guadalquivir 1927). En plena Guerra Civil, en 1937, y ante la acuciante falta de alimentos, se aborda la puesta en cultivo de arroz de la Isla Mayor, recogiendo el éxito obtenido por la Compañía de las Islas del Guadalquivir conocida como de “Los Ingleses” en sus experimentos con este cultivo. En esta fecha, entra en escena una empresa andaluza, R. Beca y Cía. Industrias Agrícolas, que se convertirá en la mayor concesionaria de las obras y otras tareas colonizadoras para la conversión de la Isla en un inmenso arrozal.

En la construcción de este nuevo paisaje marismeño, el proceso se inicia con la *polderización*, que bonifica las tierras, desecándolas y desalinizándolas. De esta forma se hace efectiva una pretensión secular de generar paisajes agrícolas sobre aquellas arcillas muy dominadas por la estacionalidad y la inundación natural, en las que tradicionalmente habían existido hitos productivos agrícolas –matos, huertas y hatos– que jalonaban aquel ambiente hostil a las producciones agrarias de la predadora y pecuaria marisma.

Los poblados actuales son continuación de los alojamientos que las compañías levantaron en distintos lugares, como Colinas –situado en la vera y que debía acoger al personal técnico y administrativo de la empresa– o los pequeños asentamientos isleños de El Puntal, El Rincón de Los Lirios y Reina Victoria. De este conjunto destaca el poblado de Alfonso XIII, proyectándose como tal desde el primer momento y que, aunque sólo se construye en una primera instancia la iglesia, las oficinas de la compañía y algunos grupos de viviendas, se convierte desde su inauguración en 1927 en el asentamiento más importante de la marisma.



4. Poblado de Alfonso XIII. Foto: Atín Aya. Fuente: *Marismas del Guadalquivir*, Catálogo de exposición fotográfica. Centro Cultural del Conde Duque, 2000, p. 23

Tales poblados, como forma de hábitat permanente en Las Marismas y, por tanto, como escenarios principales de los cambios sociales que han dado lugar a su realidad actual, son unos elementos muy significativos de este paisaje si bien no pueden separarse ni entenderse más que como parte del arrozal, en cuyo conjunto aparecen como los hitos que interrumpen la monotonía del cultivo aportando cierta verticalidad y la certeza de la definitiva humanización de estas marismas. Con posterioridad a la Guerra Civil y paralelo al éxito y afianzamiento del arrozal, se reestructurará todo el poblamiento de la Isla Mayor orientándolo hacia la progresiva concentración de una población cada vez más numerosa y venida desde destinos variados.

Vinculado a la ya citada compañía R. Beca y Cía., con posterioridad a la Guerra Civil y con la colaboración de distintos organismos vinculados a la vivienda pública entre los que destaca el Instituto Nacional de la Vivienda (INV), uno de los asentamientos, El Puntal, se ampliará, convirtiéndose en un poblado “integral” dotado de edificios públicos y administrativos, impulsándose, con su nueva denominación de Villafranco del Guadalquivir, como el asiento principal de toda La Isla. En este núcleo se han canalizado las reivindicaciones sobre mejoras generales y derechos de sus habitantes que desembocaron en una propuesta de segregación que culminó con su declaración como municipio independiente de La Puebla del Río.

Este final ha estado precedido de un camino largo y difícil en el cual se han superado las sucesivas crisis del arroz, la aparición y el desarrollo del cangrejo rojo de río y sus correspondientes mercantilización y asimilación gastronómica, así como se han desarrollado las más recientes actividades de turismo rural. En función de todas estas variables se han ido generando procesos de complejidad,

residencia y aceptación social de estos nuevos paisajes marismeños, cuyos colonos y sus descendientes fueron reinventándolos e identificándose con ellos a partir de un conjunto de signos y ritos (edificios, hitos, fiestas, gastronomía, etc.) que los han conformado como sus propios patrimonios paisajísticos y que han culminado con el acto simbólico de cambiar su nombre por el de Isla Mayor, que lo reviste con su nueva y, parece, que definitiva identidad.

Zonas regables del Guadalquivir. El ejemplo del Viar

Las colonizaciones agrarias de las zonas regables del propio tronco del Guadalquivir y de algunos de sus afluentes (Bembézar, Viar, Guadamellato...), llevadas a cabo en la primera mitad del siglo XX, deben ser enmarcadas en unas políticas generales de colonización en las que convergen criterios e intervenciones técnicas vinculadas a la hidráulica con planteamientos y actuaciones socio-económicas encaminadas, teóricamente, a la consecución de unas estructuras de propiedad agraria más igualitarias y, a la vez, más propicias al aumento de la productividad y la competencia.

Desde fines del XIX, se venía considerando por los regeneracionistas (M. Picavea, J. Costa...) que la riqueza de España debía basarse en la regulación, control y buen uso de sus aguas como mecanismo primordial de multiplicación de sus producciones agrícolas (el mito del agua o el agua bendita). Inmerso en aquel paradigma regeneracionista, se sustancia el Plan General de Obras Hidráulicas de Lorenzo Pardo (1902), cuyo objetivo es la regulación de las aguas superficiales de los principales ríos españoles con vistas a su mejor aprovechamiento energético y agrario.

Pero, además de por carencia de aguas reguladas y aprovechables, el campo español se caracterizaba también por la mala distribución de su estructura fundiaria, de manera que ni el débil y exiguo minifundio, ni el gran y extensivo latifundio constituían unidades adecuadas de explotación para elevar sustancialmente las productividades agrícolas del campo hispano. Las sucesivas desamortizaciones del siglo XIX no habían producido un efecto redistribuidor de tierras sino que, al contrario, habían consolidado el latifundismo. Ya en la charnela de los siglos XIX y XX se explicita la conciencia de que tal latifundismo es uno de los grandes problemas que azotan al sur de España por su persistente actitud extensivista y despilfarradora. Las denuncias de la situación por parte de Gómez del Moral y de Pascual Carrión apuntan a la necesidad de ligar la política hidráulica con la expropiadora y de reparto de tierras, lo que resulta fundamental en la II República, cuyo Instituto de Reformas Agrarias (IRA) intenta conjugar expropiaciones y repartos con desarrollo de obras hidráulicas.

Tras la Guerra Civil, el Instituto Nacional de Colonización (INC) –organismo del estado franquista– tecnocratiza los principios básicos de la política agraria descrita y pergeñada en España desde principios del siglo XX, preconizando la necesidad de hacer converger la sociedad campesina con el aumento de las productividades agrícolas. Las colonizaciones agrarias seguirán manteniendo pues los explícitos papeles de promocionar explotaciones familiares y de elevar la competitividad agrícola nacional, con matices más autárquicos (INC) o más productivistas (IRYDA) en función de los momentos políticos, aunque implícitamente, la promoción de explotaciones familiares en los nuevos regadíos béticos –yuxtapuesta a la permanencia de grandes explotaciones de las campiñas y vegas del Guadalquivir– otorgará a los colonos-jornaleros el papel de mano de obra barata, segura y cercana para aquellas grandes explotaciones y el de compañeros de viaje de latifundistas en los sindicatos verticales y las comunidades de regantes del régimen fascista.

En definitiva, los antecedentes y procesos de la colonización agraria a través de grandes zonas regables promocionadas por el estado están enmarcados en unos discursos políticos que mezclan, por una parte, la obra pública hidráulica necesaria en un país húmedo y seco a la vez, por otra, la consolidación de agriculturas familiares inmersas en sociedades campesinas y, además, el aumento de la pro-

ductividad agrícola mediante una promoción del intensivismo. Estos tres objetivos se convierten en otros tantos motores de todas las políticas agrarias de distinto signo –cada cual matizará la trilogía, destacando el carácter más afín– que se implementan en España durante el largo y convulso tiempo que media entre la restauración borbónica del XIX y la instauración de la democracia, a finales del XX.

La zona regable del Viar –afluente del Guadalquivir por su margen derecha– se extiende por unas 12.000 ha, que se encuentran situadas a 20 km de la ciudad de Sevilla, lo que es considerado como una ventaja para una colonización agrícola porque tal cercanía induciría a producir intensivamente para abastecer a la urbe, que, a su vez, ofrecería mayores posibilidades de empleo alternativo a la mano de obra familiar. El origen de esta zona regable está en la inclusión, en 1907, de un embalse sobre el río Viar en el Plan General de Obras Hidráulicas y la realización efectiva de su infraestructura de riego se prolonga desde 1931 a 1960, en dos fases: la primera, desarrollada en la II República y caracterizada por la precipitación en el diseño general y la realización de los primeros trabajos que determinará un estructuralmente deficiente suministro de aguas. La segunda se inicia en 1949 con la declaración de Zona de Interés Nacional, la promulgación del Plan General de Colonización, las obras de infraestructura para el riego y el proceso de expropiación, que sólo afectó a 2.300 ha, parceladas y distribuidas entre 397 colonos, que fueron ocupando las tierras entre 1953 y 1957.

En definitiva, la actuación del INC se circunscribe sólo al 20% de las tierras de la zona regable y los nuevos colonos no llegan a representar ni un tercio de los propietarios de la misma. Las normas de expropiación condujeron a un cierto fraccionamiento de las previas fincas como estrategia familiar de mantenerlas en propiedad, pero no obstante subsisten grandes propiedades que consiguieron retener la mayor parte de sus tierras, que eran las mejores y que, tras la puesta en riego, multiplican su valor. La estructura fundiaria, por tanto, cambia en la zona, aunque siguen permaneciendo allí nueve explotaciones que superan las 100 ha y que cubren el 15% de las tierras ahora regadas.

Los elementos paisajísticos más reconocibles de esta intervención colonizadora son las nuevas infraestructuras de riego –canales, acequias...–, el desarrollo de terrazas correctoras de pendientes y facilitadoras del regadío –bancales o balates– y, sobre todo, la aparición de pueblos de nueva planta, perfectamente planificados y proyectados como núcleos poblacionales completos –lo que constituyó, sin duda, un verdadero reto para reconocidos arquitectos–, algunos de los cuales (Esquivel, proyectado por Alejandro de la Sota) destacan por su personalidad indudable en función de su original forma semicircular. Concebidas desde su nacimiento como colonias de poblamiento, estas zonas regables destacan por su vocación de permanencia y no tienen la pretensión monoprodutiva de las estudiadas anteriormente, sino que pretenden constituirse en acogedoras de unas familias de colonos a las que se dotan de tierra –parcelas de 5 ha–, equipo productivo –aperos, ganadería de labor y ganado de renta– y vivienda, para que, a través del desarrollo de una agricultura familiar, cubran sus economías y eleven la productividad agrícola de unos suelos relativamente fértiles.

Bien es verdad que las tierras repartidas a los colonos no fueron muchas –como se ha visto– y, por supuesto, fueron las que más dificultades tenían para ser regadas, así como que muy pronto pudieron comprobar en sus economías familiares que las parcelas eran demasiado exiguas para sobrevivir un hogar y que el ganado de renta ocupaba mucho tiempo y resultaba poco rentable. Había, pues, que buscar alternativas a partir de estrategias flexibles de empleo de la mano de obra familiar, lo que, por un lado, terminaba poniendo en evidencia algo implícito al propio proceso colonial y muy tradicional en la agricultura andaluza –el mantenimiento de la dependencia de la pequeña propiedad campesina respecto de la gran propiedad–, pero, por otro lado, suponía la progresiva incardinación de las familias de los colonos en la comarca que le rodea y la cercana ciudad, a través de aquellas estrategias flexibles que definen a la agricultura a tiempo parcial.



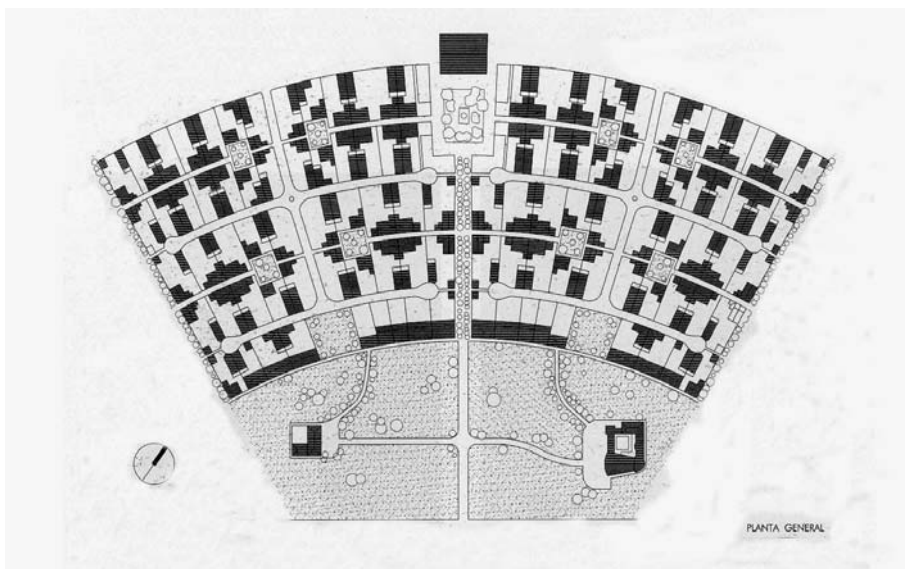
5. Poblado de Esquivel, Sevilla. Foto: Jesús Granada

En definitiva, el esquematismo planificador de la operación colonizadora condujo en poco tiempo a una situación falta de dinamismo y colapsada que condenaba al colono a peores tierras, más trabajo, menos ingresos y progresiva desarticulación de sus explotaciones (agrícolas/ganaderas), acercándolo al jornalero. Ante tal situación, la reacción de los colonos de segunda y tercera generación no ha sido precisamente la prevista por el plan de colonización de intensificar sus producciones –lo que hubiera llevado, probablemente, a unos cambios paisajísticos más marcados– sino mantener bastante extensividad y rechazar una exclusiva propuesta productivista, buscando la flexibilidad en el empleo y la ganancia externa a la parcela. En un contexto campesino y con cierta oferta de trabajo exterior, el mantenimiento de la propia explotación con una mediana capacidad productiva es un seguro de vida, pero no su único instrumento estratégico. Todo ello ha ido haciendo que el paisaje –variopinto y cambiante de cultivos anuales– se mantenga y se consolide y se vaya convirtiendo realmente en patrimonio de las nuevas generaciones de los ciudadanos de Esquivel, El Viar, Torre de la Reina o San Ignacio.

A modo de conclusión

El establecimiento de colonias es un proceso muy antiguo y presenta una variedad de tipos y modelos. Si bien, como base de toda acción colonial, siempre encontramos la valorización de un espacio en función de un recurso determinado por y para los intereses de un grupo humano exógeno al lugar y que conseguirá ejercer un control férreo sobre las comunidades locales, a través de la monopolización de la economía y de la sustitución del sistema de valores, conocimientos y comportamientos culturales endógenos por los propios de los colonizadores.

Estas premisas se reflejan en un modelo impuesto de ocupación y ordenación del territorio, en el que las invariantes territoriales –superficies, redes y nodos– son signos exclusivamente referidos al recurso que justifica la propia colonia: plantaciones o parcelario cuadrículado, caminos de extracciones de productos, canales de riego y poblados de colonos. Un orden geográfico lineal y regularmente geométri-



6. Planta general del poblado de Essquivel, Sevilla. Fuente: Archivo Histórico del INC. Secretaría General Técnica. Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino

co, que, impuesto por los colonizadores, se convierte en símbolo inequívoco de la identidad colonial. En el Bajo Guadalquivir, se desarrollaron distintas intervenciones de “colonización interior”, propias del franquismo autárquico, cuyos modelos deben ser enmarcados en aquel mismo contexto colonial, aunque sus respectivos antecedentes, sus puestas en funcionamiento y sus resultados más o menos coyunturales han ido conformando territorios, paisajes e incluso sociedades y culturas actuales de muy distinta naturaleza.

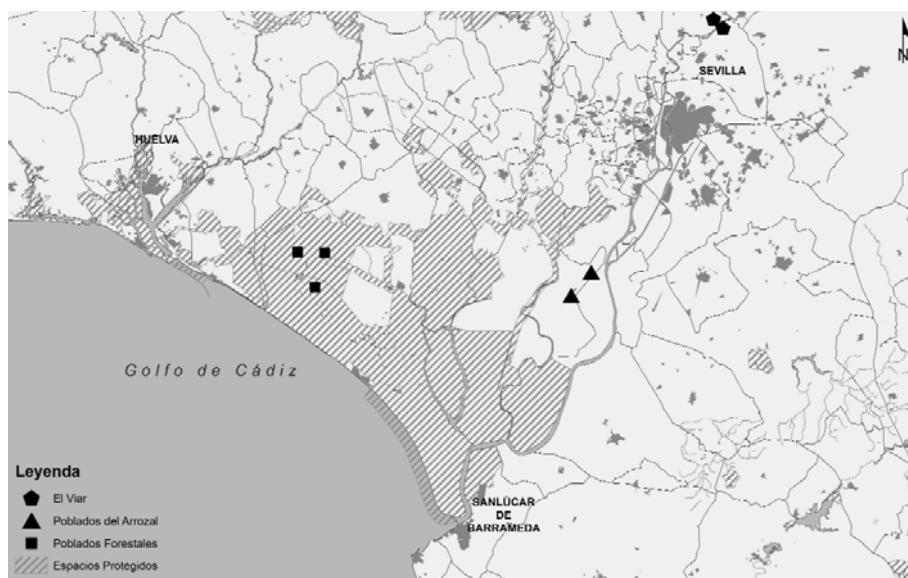
De forma general, se puede decir que todas estas experiencias alcanzan su punto álgido durante los primeros veinte años del franquismo –fase de autarquía y de “reconstrucción nacional”– durante los cuales se justifican e intensifican las intervenciones públicas colonizadoras que transforman, ponen en producción y pueblan sus respectivos territorios.

En las tres áreas de estudio se habían producido previas intervenciones colonizadoras. Así, tanto Villafranco del Guadalquivir como El Abalarío (arroz y eucaliptos) se establecen sobre experiencias de compañías privadas, guiadas por el criterio coyuntural que define a las colonias de explotación. El Viar, por su parte, debe relacionarse con proyectos de colonización que, desde principios del siglo XX, se habían basado en la recurrente e irredenta reforma agraria del campo español y andaluz, transformada tras la guerra civil en aumento de la productividad agraria a través del ideario regeneracionista del regadío y de la creación de una estructura de propiedad campesina y estabilizadora.

Estas diferencias se manifiestan también en el propio carácter de los asentamientos: Los dos primeros poblados –típicos de colonias de explotación– se van conformando coyuntural y sucesivamente, en función de las llegadas de colonos solos o con sus familias y aprovechan algunas construcciones anteriores. Los poblados del Viar –Esquivel, Torre de la Reina, Viar del Caudillo– se conciben como colonias de poblamiento definitivo, nuevo y moderno desde su inicio, de ahí que, como otros muchos poblados andaluces y españoles, sean proyectos de “autor”, reconocidos como obras importantes y significativas de la arquitectura de esos momentos.

El desarrollo de las tres experiencias ha sido también distinto: El Viar presenta la dinámica tranquila y pensada de “colonia de poblamiento”, manteniendo a grandes rasgos su escala poblacional y urbanística, así como su actividad agraria completa. El Abalarío y Villafranco de Guadalquivir, ambos en su origen “colonias de explotación”, han evolucionado de forma muy distinta, manteniendo el primero su carácter coyuntural, que lo ha hecho derivar hacia una situación actual de despoblamiento; mientras que el segundo, consolidando estructuralmente su producción, se ha redimensionado completamente, aumentando en población, servicios y funciones hasta convertirse en cabecera de un nuevo y emergente municipio, con una identidad ya reconocida socialmente y significada en la también nueva denominación adoptada: Isla Mayor.

Por último y como forma de acercarse a la memoria reciente del país, estos territorios, paisajes y poblados coloniales resultan en sí interesantes, porque constituyen las configuraciones territoriales completas más recientes de la historia andaluza y española. Pero, debe distinguirse entre territorios y poblados que permanecen habitados –Viar y Marismas–, ofreciendo su carácter colonial como parte del palimpsesto que los han ido conformando, a través de sus imágenes actuales con distintos grados de dinamismo, que los obligaron a irse readaptando y redimensionando, de los territorios y poblados abandonados –entre estos casos El Abalarío y sus poblados forestales– que manteniendo su escala inicial y algunos de sus elementos más conspicuos, aportan hoy la foto sepia y fija de la decadencia y la coyunturalidad.



7. Localización de los poblados de colonización estudiados. Fuente: Junta de Andalucía. Infraestructura de datos especiales de Andalucía. Elaboración: Ana Ramírez Torres

Notas

¹ A la par transitan costumbres, ideas, educación, valores, etc. que se categorizan de forma distinta en el contexto de la mentalidad colonial, para la cual todo lo emanado de la colonia será inferior a lo aportado por la metrópoli, justificando así el dominio que ejercen las segundas (sociedades avanzadas-superiores) sobre las primeras (sociedades retrasadas-inferiores); una justificación que, posteriormente y especialmente en el mundo anglosajón, se ha concretado en el concepto de darwinismo cultural.

² En este caso la dualidad de la población entre colonizadores y colonizados implícita al colonialismo (lo superior-lo inferior, lo bueno-lo malo, lo uno- lo otro) tuvo muy presente la diferencia entre vencedores y vencidos, dado que en principio pertenecían al mismo estado e idéntico marco étnico, histórico y cultural.

³ Esta acción se puede entender como un ejemplo de conversión de colonia de explotación derivada de la intervención de capitales privados extranjeros en una colonia de poblamiento derivada de una coyuntura político-económica ideológica interior, de hecho la red de poblados se está conformando en los años de mayor éxito de la experiencia (década de los cincuenta), a la par que se intenta complementar con fábricas para la transformación de los recursos forestales y, como se ha dicho con anterioridad, se censa como habitantes a familias ya formadas en los valores imperantes.

Bibliografía

- AYA, A. *Marismas del Guadalquivir*. Catálogo de exposición fotográfica. Centro Cultural del Conde Duque, Madrid, 2000, p. 23 y 113.
- BROCA, F. *De sierra a mar. Catálogo de exposición de pinturas*. Huelva y Sevilla, 2000.
- CONSEJO DE EUROPA. *Convención Europea del Paisaje* (Florencia, 2000) (BOE, de 5 de febrero de 2008).
- CRUZ, J., OJEDA, J.F. y ZOIDO, F. "Explotación familiar y estrategias campesinas en los nuevos regadíos béticos", en *Agricultura y Sociedad*, n° 17, oct-dic. 1980, pp. 11-68.
- GONZÁLEZ ARTEAGA, J. *Las marismas del Guadalquivir: etapas de su aprovechamiento económico*. C.P. Antonio Cuevas. Gráficas St. María. Sevilla, Coria del Río, 1995.
- GROSSO, A. y LÓPEZ SALINAS, A. *Por el río abajo*. Albia Literaria (2ª ed.), Bilbao, 1977.
- MORAL ITUARTE, L. *La obra hidráulica en la cuenca baja del Guadalquivir. (Siglos XVIII-XX). Gestión del agua y ordenación del territorio*. Universidad de Sevilla-COPT Sevilla, 1991.
- OJEDA RIVERA, J.F. *Organización del territorio en Doñana y su entorno próximo (Almonte). Siglos XVIII- XX*. ICONA (Monografías, n° 49). Madrid, 1987.
- OJEDA RIVERA, J.F. (Coord.). *Intervenciones Públicas en el Litoral Atlántico Andaluz*. Junta de Andalucía, Consejería de Medio Ambiente, Sevilla, 1993.
- RODRÍGUEZ CÁRDENAS, M. *Historia de La Isla Mayor del río Guadalquivir*. Colegio Público Villafranco del Guadalquivir, Sevilla, 1997.
- ROGER, A. *Court traité du paysage*. Gallimard, Bibliothèque des Sciences Humaines, París, 1997.
- ROMERO, J.J. y ZOIDO, F. *Colonización agraria en Andalucía*. Instituto de Desarrollo Regional, Universidad de Sevilla. Sevilla, 1977.
- RYKWERT, J. *La idea de ciudad*. Ediciones Sigueme, Madrid, 2002.
- VILLA DÍAZ, A.A. *Paisajes de experimentación colonial en el entorno de Doñana: Cabeza de Abalarío*. Universidad de Sevilla. Memoria de licenciatura. Inédita, Sevilla, 2001.
- VILLA, J. *Crónica de las arenas*. Fundación Lara, Planeta, Sevilla, 2005.